

La Sacristía

Para llegar a la Sacristía y a los Panteones hay que cruzar la sala de la Antesacristia, tanto si accedemos desde la Basílica como si lo hacemos a través del patio de los Evangelistas (claustro principal bajo).

La Antesacristía es una sala cuadrada con suelos de mármol, paredes rojizas y bóveda decorada artísticamente con grutescos por Nicolás Granello. Uno de los muros está ocupado por los mármoles del pilón de las abluciones sacerdotales con cinco fuentes cuyos grifos son cabecitas de ángeles que arrojan agua sobre un alargado pilón cuyo reborde exterior está desgastado por cuatro siglos de uso. También pueden verse en esta sala trece cuadros de las indulgencias concedidas al Escorial.

La Sacristía es una hermosa sala profunda contenida entre los luminosos tonos de los mármoles de la solería y de los grutescos de la bóveda. Uno de sus lados está ocupado por una magnífica cajonería de maderas finas embutidas y adornadas con mosaicos. Sobre los cajones, de tan enormes proporciones que admiten extendidas las capas del coro, se levanta un cuerpo de alacenas para los vasos y ornamentos sagrados en el que se intercalan espejos con bellos marcos de chapa de plata; el espejo central, regalo de la reina doña Mariana de Austria (madre de Carlos II), destaca de los demás por su hermoso marco barroco de plata con adornos de cristal de roca.



Descrita la artesanía de lujo de esta sala hay que fijarse en sus obras de arte: las pinturas y el altar de la Sagrada Forma. Este altar que ocupa el frontal sur capta enseguida nuestra atención y parece prologar la profundidad del recinto, pues el fondo del cuadro que lo preside reproduce la propia sala. El cuadro de la Sagrada Forma es una de las mejores realizaciones de la pintura española y desde luego la obra maestra de Claudio Coello. Representa a Carlos II y sus cortesanos adorando la Sagrada Forma; en realidad es un cuadro que incorpora un motivo devoto, un hecho histórico y una galería portentosa de retratos de la época.

El componente devoto queda reflejado por la Sagrada Forma, reliquia milagrosa, pues tras ser pisoteada por herejes brotó sangre de ella adorándose desde aquel momento y llegando poco después a manos de Felipe II, que la depositó en algún lugar del monasterio, Carlos II fue particular devoto de la reliquia desde que conoció su historia y se propuso destacarla con capilla especial. Pero el cuadro es también el fiel reflejo de un momento determinado: el 19 de octubre de 1684, cuando se inaugura la capilla en presencia de monjes y aristócratas, protagonistas años antes de una sonada algarada cuando éstos perseguían al válido Valenzuela caído en desgracia que se hizo fuerte en el monasterio hasta que asediado primero y profanado después lograron los intrusos su propósito vejando a los monjes y llevándose además del proscrito una excomunión dictada por el prior del Escorial. El acto de desagravio con el que el Papa accede a levantar la excomunión es el que refleja el cuadro y, naturalmente, casi todos sus protagonistas están presentes: el firme prior–alzando la custodia–, el intruso–con bigotillo y melena rubia ajeno al acto–, el valido de turno–con faz papuda y ajeno también al acto–, los ofendidos monjes–en actitud piadosa–y el consentidor monarca, de inconfundible perfil. El pintor, que se refleja en el cuadro–en primer término, a la izquierda, sin peluca y con patillas,–logra una composición "con tanta verdad, con tal corrección de dibujo, con tal fuerza de colorido, con tanta



propiedad en la perspectiva, que cuanto en él se representa, todo parece moverse, salirse del cuadro".

Pero el altar es el centro de una hermosa fachada con dos puertas laterales de finas maderas con blasones y adornos de concha y bronce sobre las que descansan relieves de mármol blanco que representan la posesión de la reliquia por Rodolfo II rey de Hungría y emperador de Alemania y por Felipe II. El conjunto es una obra espléndida en la que los jaspes y mármoles se combinan y adornan con preciosos broncos dorados que tienen su prolongación en el altar propiamente dicho, cubierto por el cuadro, que oculta una magnífica escultura con la figura de Cristo bellamente modelada y fundida en bronce dorado a fuego sostenida por dos ángeles que rematan un templete neogótico. Sólo queda visible el altar dos veces al año—29 de septiembre y 28 de octubre— en que el cuadro se baja a torno y queda bajo el pavimento.

El resto de las pinturas de la sala lo forman los grutescos de la bóveda, obra de Granello y Castello, y la colección de cuadros que la decoran, entre cuyas obras hay que destacar los cinco temas bíblicos de Luca Giordano: Noé embriagado y sus hijos, la Oración del Huerto, el falso profeta Belaán, el santo Job, la heroína Jael y Sisara y el Extasis de San Juan de Dios. También hay obras de otros autores como el Crucificado, de Tiziano, el San Pedro en prisión, de Ribera; la Virgen con Santa Ana, de Coxcie; el martirio de Santa Inés, de Gómez; la Sagrada Familia con la visión del martirio de Jesús, de Simonelli; otra Sagrada Familia, ésta de Herrera Barnuevo, y otras obras de autoría menos precisa como la Virgen con el Niño y San Juanito, de escuela italiana, un busto de San Pedro que imita el estilo de Giordano, un San Antonio, de escuela española del XVII, otra versión de la Sagrada Familia, de escuela italiana, una copia de la Transfiguración, de Rafael, y dos figuras correspondientes a San Pablo y San Pedro.